

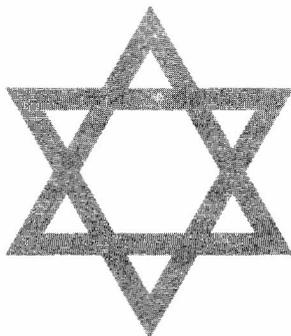
denas y más imputable a sus secretarios de Relaciones Exteriores y de Gobernación, Eduardo Hay e Ignacio García Téllez respectivamente. De manera contundente Daniela Gleizer lo dice así:

“La postura de México frente a la inmigración judía durante el cardenismo fue de rechazo sistemático. En este caso México no continuaba una larga tradición, ya que hasta finalizar el régimen de Calles (1924-1928) [ojo: error en el texto, dice: 1920-1924] las puertas se encontraban abiertas a la inmigración judía. El gobierno cardenista proseguía, mas bien, con la política migratoria restrictiva inaugurada en la segunda mitad de los años veinte, la cual en los tempranos años treinta afectaría particularmente a la inmigración judía a partir de las prohibiciones que se erigieron frente a ella, las cuales fueron resultado, en gran medida, de las restricciones migratorias impuestas por los Estados Unidos, a partir de 1924 y de la crisis mundial de 1929” (p. 184).

Por más que quisiéramos encontrar justificaciones a esta actitud de rechazo a la migración judía, y conste que Daniela Gleizer las busca de manera puntual, lo

que queda claro a lo largo de este trabajo es que aquella política de “puertas abiertas” del régimen y la sociedad mexicana de fines de los años treinta se aplicó de manera selectiva y discrecional. Al contabilizar el número de refugiados judíos en México entre 1933 y 1945, la autora establece la espeluznante cifra de sólo cerca de 2000 personas ante más de medio millón de solicitudes. Ante esta situación queda claro, una vez más, que la historia oficial se erige con los discursos y los homenajes y sucumbe con las realidades. En ese sentido quisiera terminar con el último párrafo de este magnífico libro de Daniela Gleizer que dice:

“Para finalizar, si tomamos en cuenta la capacidad geográfica y económica del país para recibir inmigrantes, podemos considerar que la contribución de México para resolver el problema de los refugiados judíos no fue significativa. En cambio, el discurso cardenista sí resultó efectivo, ya que delineó la imagen de un país sin prejuicios raciales, que abrió sus puertas a las víctimas de las dictaduras. Pese a la realidad, que fue mucho más compleja, ésta es la imagen que ha trascendido hasta nuestros días...” (p.190).



Beatriz Barba de Piña Chán

Homenaje al profesor Óscar Zambrano Domínguez*

Debo empezar agradeciendo al comité organizador de este evento, el que se me permita presentar al señor Óscar Zambrano. Es un verdadero privilegio, y por las omisiones que haga, doy una disculpa a los aquí reunidos, porque sólo mencionaré algunas de las acciones más relevantes de su vida.

Óscar Zambrano Domínguez nació en el año de 1928 en Guadalajara, Jalisco, y contando apenas con seis meses de edad emigró con su familia a Guanajuato, donde cursó casi toda su primaria y recibió de esa principesca ciudad la discreción y la bonhomía que lo caracterizan.

Llegó a México con su familia en 1938, para terminar la primaria y hacer la secundaria y la preparatoria.

En octubre de 1944, con 16 años de edad, su hermana Otilia, la famosa y muy estimada Güera Zambrano, personaje sobresaliente del aparato administrativo del INAH entre la década de los cuarenta y los sesenta, lo llevó a la Biblioteca Nacional de Antropología del INAH que entonces estaba en el edificio del viejo Museo Nacional de Antropología, en las calles de Moneda núm. 13, y le consiguió un interinato como ayudante de don Antonio Pompa y Pompa, director de esa biblioteca, que desde entonces y hasta su muerte lo vio como su hijo y como a tal lo trataba.

*Palabras pronunciadas en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia “Doctor Eusebio Dávalos Hurtado”, el día 28 de noviembre de 2000.

En febrero de 1945 le dieron su plaza de base quedando en definitividad de esta honorabilísima institución hasta nuestros días, y debemos reconocer que la respetabilidad de Óscar se ha reflejado en nuestra muy estimada biblioteca.

A lo largo del tiempo, ha desempeñado diferentes puestos: fue encargado del Departamento de Procesos Técnicos; jefe de Servicios al Público, de 1972 a 1987, y encargado de Colecciones Especiales, de 1988 a 1999.

Siendo muy joven entró a estudiar Etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). En momentos de reminiscencias a Óscar le gusta soñar con los grandes amigos que tuvo; aquellos señorones de la Antropología que poco a poco han ido desapareciendo porque eran mucho mayores que él. En esos años, en la ENAH, que entonces era una gran familia, la edad no contaba, ni se tenían amigos por el año que se cursaba. Todos los estudiantes llevaban las materias sobresalientes del año, y era la oportunidad académica la que los mezclaba.

Algunos de sus inolvidables condiscípulos fueron: Felipe Montemayor, Román Piña Chan, Anselmo Marino Flores, Luis Limón, Ana Chapman, Hanna Faulhaber, José Luis Lorenzo (quien por cierto trató de enseñarle a Óscar a esquiar y lo llevó a excavar sitios nevados del Popocatepetl), y Santiago Genovés, con quien jugaba frontón y tenis.

Felipe Montemayor era el sabio y el justo, y a Óscar le gustaba escucharlo porque era el filósofo de la cantina. Las aventuras de todos se contaban en forma interminable; las gozaban repetidas veces; no había nada, ningún suceso que no fuera motivo de comentario en aquella gran familia antropológica que convivió en-

tre la década de los cuarenta y los cincuenta.

La comunicación con don Antonio Pompa y Pompa fue un poco más difícil, porque la figura paterna que adoptó don Antonio lo puso en un segundo término, aunque aprendió muchísimo de él en el manejo de una biblioteca, e inclusive en aventuras editoriales que nuestro homenajeado a veces gozó y a veces sufrió.

Don Antonio, con su sentido del humor tan especial, lo hizo víctima de algunos sobrenombres que probablemente a él le decían mucho, pero a nosotros no nos dicen nada; no entendemos el apelativo de Mariposa sabia porque el sustantivo de mariposa no lo pegamos nunca a Óscar, que nos parece un amigo y un bibliotecario de lo más sólido.

Junto con Jaime Litvak, Ricardo Ferré D'Amaré, María Teresa Martínez Peñaloza, Felipe Echenique y Manuel Arellano Zavaleta, gozó del especialísimo afecto de don Antonio, quien vio a todos ellos como jóvenes de gran futuro que debía estimular y apoyar.

Y llegamos a nuestros días con un Óscar que tiene nada menos ni nada más que 56 años al servicio del INAH y 52 años como trabajador de la UNAM. En esta última institución empezó a trabajar en 1948, en una extensión de la Biblioteca de Filosofía y Letras localizada en las calles de Licenciado Verdad; fue hasta 1954 que se fue a la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria.

Óscar estudió mucho, empezó varias carreras, pero pronto las dejaba convencido de que no le servían de gran cosa. Llevó cursos de Biblioteconomía, Archivología, Museología y de Etnología como ya dijimos. De piloto aviador obtuvo su diploma en 1945, pero jamás ejerció la

profesión, ni siquiera como aviador de nómina, porque a todos nos consta que Óscar siempre está en su lugar.

Fueron abundantes los seminarios, talleres, cursos y actividades de adiestramiento para especializarse en bibliotecas y clasificación de documentos especiales. Todo fue interesante para él, sólo hay que escucharlo cuando se le pregunta por geologías, botánicas, zoologías, geografías, siempre sabe lo que uno necesita y cómo apoyar mejor.

Fue socio fundador de la AMBAC a fines de los cuarenta; en 1995 esa asociación lo nombró socio honorario como reconocimiento a su muy larga trayectoria de colaboración, servicio y trabajo: ha ocupado varios cargos y los ha desempeñado con el entusiasmo que lo caracteriza.

También conocemos a Óscar por el gran amor que le pone a las cosas que hace: seminarios, ciclos de conferencias, jornadas y toda clase de actividades culturales que le encargan el INAH, diversas agrupaciones médicas, y la misma AMBAC. Yo he tenido el privilegio de apoyarlo en algunos momentos, de modo que soy testigo fiel.

Muy estimado Óscar: los que estamos aquí queremos agradecerte tu trabajo, tu entusiasmo, tu amistad, tu espíritu de servicio, el cariño que siempre nos has dispensado, el hecho de que siempre estés de buen humor, que seas tan optimista, que nunca estés dispuesto a hablar mal de nadie, que nos hayas prestado tu memoria privilegiada para localizar libros... en resumen, que toda tu calidad humana nos la hayas hecho sentir para resolver problemas de trabajo y de amistad en diferentes momentos de la vida.

Muchas gracias, Óscar.